

Contradicciones

Escrito por Marco Díez Acebo

Contradicciones. Fuente eterna de mis tormentos. En ellas supondría uno encontrar un equilibrio, un marco que contenga con eficacia la incoherencia de un cuadro que ha sido impresionado por ambas faces. Yo no puedo asegurarlo, tampoco desmentirlo, creo.

Dos afirmaciones que se rebaten la una a la otra no hacen sino construirse mutuamente, alimentarse entre sí, permitirse vivir, ¿verdad? Al menos así lo entiendo yo, creo. ¿Cómo si no podría dedicar mi vida a un arte y una ciencia como la fotografía?

Cuando ajusto el diafragma en la lente y la velocidad de obturación en la cámara me percató de ello. ¿Cómo puedo indicarle a una máquina que necesito que filtre menos luz y al mismo tiempo más? ¿Cómo puede ser que las escenas cálidas tengan menor temperatura de color que las frías?

Al menos así es como me lo enseñó Don Gustavo, mi antiguo profesor de técnica fotográfica. Siempre reiteraba que no puede haber más si antes no ha habido menos. Que a fotografiar se aprende sin cámara. Que a vivir le da sentido la muerte. Admiraba y sigo admirando sus lecciones y contralecciones, me refiero a su modo de negar lo que es y de explicar lo que no es.

Mientras camino por la calle para hacerle una visita recuerdo sus enseñanzas y practico con su ejemplo, más o menos. La gente frunce el ceño cuando oriento la lente en su dirección, cuando finjo mirar a un punto en la distancia, pero mis dedos operan los parámetros de la cámara en busca de su presa. ¿Cómo puedo hacer una fotografía sin ver?

Más miradas. Cuando uno lleva una cámara colgada del cuello parece desprender cierta autoridad. Los gestos torcidos de los transeúntes en sincronía con su indiferencia me indican que ando en lo cierto. Esto contribuye a ratificar otra de las teorías de Don Gustavo, que la autoridad no es algo real, sino meros vapores. Una ilusión. Él defendía que uno por sí solo no ostenta poder alguno, que este viene dado por la percepción del que mira y escucha. Que cuidáramos nuestras palabras y nuestros actos para no desembocar en contradicciones.

Sigo caminando. Tengo que pedirle perdón por haber caído en tantas de ellas, contradicciones, quiero decir. Siento que mi vida no se ha construido a sí misma, que las piezas no han encajado como deberían, al menos no como yo desearía. Pero lo que se debe y lo que se quiere siempre termina implicando otra contradicción más.

Me muevo y observo la calle. A lo lejos me parece distinguir a dos mujeres que lloran. Alzo la cámara, muevo la distancia focal en la lente y las observo a través del visor. Me pregunto por qué la fotografía se ha relacionado tradicionalmente con la captura y recolección de recuerdos felices, ¿no nació acaso con la intención de registrar la realidad? A lo mejor es que la realidad ha perdido la capacidad de sentir tristeza y soy yo el que no se ha enterado. En definitiva, que no entiendo nada, lo siento mucho Don Gustavo, parece que tus conocimientos cayeron en un contenedor plagado de fisuras.

Cuando llego a nuestro lugar de encuentro habitual me paro a leer el epitafio: «No está muerto quien puede yacer eternamente, y en épocas extrañas hasta la muerte puede morir».

En fin, una más que añadir a la lista, contradicción, quiero decir.